

## La finca El Abra; el bello paraje donde vivió José Martí

En 1870, a la edad de 17 años, el joven patriota y futuro Apóstol de la libertad de Cuba, José Martí, vivió en la Isla de Pinos entre el 13 de octubre y el 18 de diciembre, después de haberle sido conmutada la condena de siete años de presidio político por el confinamiento a la colonia penal de Nueva Gerona. Durante esos dos meses y cinco días, su residencia fue la finca El Abra, una de las primeras propiedades entre varias que llegó a poseer en la Isla el influyente y acaudalado catalán José María Sardá Gironella, maestro de obras y arrendatario en La Habana de la cantera La Criolla, precisamente aquella donde cumplían sus sentencias de trabajos forzados los condenados al presidio departamental, donde estuvo Martí. Allí, en la casona de la hacienda tuvo Martí sus primeros días de reposo y convalecencia de los dolores del cuerpo y del espíritu, asistido por la bondadosa esposa del propietario y el cariño de los hijos, en la quietud de los días y la pureza de un ambiente de campo casi virginal.

La finca, de doce caballerías de extensión, había sido comprada por Sardá apenas dos años antes y lo primero que se observa de ella, su enclave en el único paso entre las dos vertientes de la Sierra de Casas, en una pequeña y estratégica elevación natural y a muy pocos kilómetros de la villa de Nueva Gerona, nos dice que tal ubicación no es casual sino una cuidadosa y sabia elección del comprador acorde con los fines que se proponía para el sitio: traer a su familia, ya numerosa y establecer una base de apoyo para aquellos de sus negocios relacionados con las obras de construcción en La Habana.

En cortos meses se llevaron a cabo las edificaciones de los tres cuerpos principales de la casa, cuyo estilo arquitectónico es único en Cuba. Primero, la casa principal situada de Este a Oeste con una espaciosa galería o corredor frontal cerrado por amplias ventanas francesas; una sala, un comedor, tres aposentos y dos baños; uno de poceta y otro pequeño, con ducha y taza sanitaria, pues tales comodidades ciudadanas eran posibles gracias al agua corriente que descendía de forma natural por un sistema de acueducto proveniente de un manantial hasta hoy, inagotable, situado más arriba de la casa, en un pequeño valle intramontano. Así mismo, el sistema de albañales instalado entonces ha funcionado 140 años sin interrupciones.

El segundo cuerpo constructivo de la casa orientado de Sur a Norte estuvo inspirado en el estilo de las masías catalanas, modificado adecuadamente por las condiciones climáticas y materiales propias del trópico. Así, esta construcción dispone de dos alas, una al Este y otra al Oeste, separadas por un ancho pasillo pavimentado con ladrillos y una especie de ático sobre éste, que levanta sus paredes sobre él y posee una cubierta rústica, de vigas rollizas y guano de palmas, haciendo las veces de granero. En ambas alas, aparecen habitaciones muy claras y ventiladas para los más diversos usos domésticos y en especial, la primera y más próxima a la casa, era el aposento para los visitantes; allí se hospedó José Martí. Por último, también en la dirección Este - Oeste, como la casa principal pero más retirada, se levantó la cocina, amplia y bien avituallada, con sus fogones y horno. Los tres cuerpos se enlazaban por un zaguán lateral con pisos de ladrillos de barro cocido. Muy próximos, estaban situados otros anejos de servicios como las caballerizas, corrales para animales, y el gran tanque colector del agua destinada a la casa y al regadío de las huertas cercanas.

En el valle del manantial, a casi un kilómetro de distancia, se creó una instalación fabril para la obtención de cal; un horno refractario que utilizaba piedra de las canteras del abundante mármol de la región y una pequeña represa para hidratar la cal viva. No ha sido posible

establecer si, cuando Martí vivió en El Abra ya funcionaba esta instalación, que Sardá dedicaba a obtener el indispensable material utilizado en aquel tiempo para dar plasticidad a la argamasa, llevándolo desde aquí hasta sus obras en La Habana, al igual que la producción de ladrillos, tejas y losas de barro que desde muchos años antes producía en su tejtar de Brazo Fuerte con igual destino. Según refieren los testimonios de los descendientes de la familia Sardá, Martí daba paseos hasta el manantial cuando su salud mejoró, contemplando una naturaleza virgen a ambos lados del sendero, admirando la abundante avifauna que aún hoy conserva milagrosamente el lugar ¿Se recordaría, acaso, en El Abra cuando más de un año después escribe con triste nostalgia a su madre, en el gélido diciembre madrileños:

Ya viene a través de mi ventana  
Vislumbres de la luz de la mañana  
No tiran como allá los pajaritos,  
Ni aroman como allá las frescas flores  
Ni escucho aquel cantar de los sencillos  
Cubanos y felices labradores;- (...)?

Otro punto frecuentado era el reloj de sol (presente aún en el frente de la casa, soportando estoico huracanes de vientos y estullicia) traído desde su natal Cataluña por Sardá, junto a otros enseres, adornos y objetos adquiridos expresamente para la nueva casa que construía en la Isla, Entre ellos, destaca la vajilla con monograma de la cual sobreviven varias piezas, utilizada en ocasiones en que recibían visitas en la finca y el comedor resultaba pequeño para alojarlas a ellos y y a la familia. Entonces, se habilitaba el comedor en el amplio corredor frontal con una gran mesa, la vajilla y abundantes platos elaborados bajo la atenta mirada de Trinidad Valdés Amador, "Doña Trina", la hacendosa esposa de Sardá, una cubana aún joven, de 35 años de edad, morena clara, de bondadoso carácter, hija de la casa de Beneficencia de La Habana, quien se convirtió un año después en la propietario de El abra, dato que muy pocos conocen.

La subsistencia en la finca El Abra se basaba fundamentalmente en los propios recursos agrícolas y pecuarios que allí se producían, para trabajadores y la familia y aún obtenían un excedente que se vendía, fundamentalmente de arroz y café.

Al parecer, tras la partida del joven Martí la hacienda continuó su ascenso económico por algunos años, según el testimonio de los descendientes, pero estudios incipientes permiten descubrir que la fortuna del industrial catalán algún escollo encontraba en su camino, al menos, en lo concerniente a la Isla, pues la compra de una cantera, la denominada "Cantera de O'Donnell" por haber pertenecido a este Capitán General de Cuba, demuestra en su documentación que estaba hipotecada y nunca fue explotada por Sardá, así como también el traspaso de la propiedad a Doña Trina quizás fuera una maniobra para evadir acreedores en caso de quiebra o realización de hipotecas.

Sin embargo, el tejtar de Brazo fuerte, la primera de todas las propiedades adquiridas por Sardá en la Isla, mantuvo estable su producción y suministro de materiales de barro cocido hacia La Habana, traslado que se hacía en dos goletas propias y luego en ferrocarril desde Batabanó. Aquel trasiego mercantil había permitido y facilitado la amistad entre el catalán y Don Mariano, el padre de Martí, que influyó decisivamente en aquel para que pasara a la historia por su gesto humanitario para con José Martí, pues ambas se relacionaron a menudo en el sureño puerto habanero meses antes de la prisión del joven al trabajador Don Mariano

por unos dos meses como celador de policía en Batabanó. Por cierto, la casona situada en dicho enclave de Brazo Fuerte sirvió para que muchos años después, cuando la fama de Martí trascendía alto en la república recientemente inaugurada, un malentendido o quizás una mixtificación interesada obligó a un gran martiano a pelear fuerte para esclarecer cuál había sido el sitio donde el Joven Martí estuvo en su destierro.

Pero esta historia, ocurría entre 1907 y 1923 será divulgada próximamente, junto a los avales biográficos de la finca El Abra en el siglo XX.

Lic. Carmen Cadena Macías: